

**Las dimensiones de la experiencia piquetera:
Tensiones y marcos comunes en la organización y movilización de
desocupados en Argentina**

Maristella Svampa y Sebastian Pereyra¹

I. Introducción: descolectivización y nuevas formas de resistencia

La emergencia y el desarrollo de un movimiento social de desocupados no es algo necesario ni evidente. La literatura sociológica ha insistido, más bien, en el conjunto de dificultades, tanto de carácter objetivo como subjetivo, que atraviesa la acción de los desocupados y que impide que éstos se conviertan en un verdadero actor colectivo. A la problemática vinculada con el hecho de que los desocupados se hallan “fuera” de la estructura social, que no ocupan “ningún lugar”, que son por ello “irrepresentables”, muchos añaden aquella otra dimensión que remite a la heterogeneidad de trayectorias o situaciones comprendidas por la categoría desempleado.

Recordemos que la crisis de los años '30 generó una amplia ola de desocupación que afectó a todos los países, sin excepción. Como consecuencia de esta primera ola de hiperdesempleo surgieron diferentes movimientos y sindicatos de desocupados, tanto en Estados Unidos como en Europa. Sin embargo, esta primera gran crisis desembocó en la intervención social del Estado y, posteriormente, en el desarrollo de economías de bienestar que lograron absorber e integrar gran parte de la masa de desempleados. Hoy, más que nunca, cuando son muchos los que consideran que la desocupación se ha convertido en un rasgo estructural del modelo posfordista, visible en la existencia de un número importante –aunque variable, según los países– de desempleados, son muchos los Estados que han profundizado una política de control del desempleo, a través de agencias de empadronamiento, seguros de desempleo, centros de formación y de reinserción. Aquellos países centrales que cuentan con una tradición, avalada por una política de Estado, han buscado desarrollar una red de contención del desempleo, que

¹ El presente artículo retoma fragmentos del libro de los autores, *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Biblos, 2003. Dicho artículo fue publicado en francés en la *REVUE DU TIERS MONDE*, **Paris, Francia, abril-junio 2004, n 178, t.XLV, ISSN 0040-7356, pp.419-443. Una versión en castellano fue publicada en la revista TRAYECTORIAS, nro 16, Revista de Ciencias sociales, Universidad Autónoma de Nuevo León, Año VI, septiembre-diciembre de 2004.**

han ido ajustando durante la crisis de los años '80 y '90. Por otro lado, no es menos cierto que en otros países, la desocupación, como problemática –y más allá de las dificultades de su tematización, y del efectivo surgimiento de nuevas organizaciones– ha sido por lo general integrada en la plataforma de demanda de los grandes sindicatos o centrales de trabajadores.

Para el caso de los países latinoamericanos, las teorizaciones desarrolladas a fines de los '60 por varios intelectuales (J. Nun, M. Murmis, A. Quijano, entre otros) se centraron en el análisis de la denominada "masa marginal" o "polo marginal", tesis que sostiene que, en nuestras sociedades periféricas, tradicionalmente los individuos han dependido menos de los mecanismos de integración sistémica (proporcionados por el Estado o por un mercado suficientemente expandido), y más, mucho más, de las redes de sobrevivencia que la sociedad ha ido generando desde sus propios contextos de pobreza. Esto implica afirmar que, aunque la indigencia y la vulnerabilidad se hayan multiplicado de manera alarmante en los últimos decenios, en muchos países latinoamericanos, el desempleo no refleja una situación del todo novedosa; más aún, el corte entre ocupación y desocupación no aparece del todo claro (Murmis, 2000), dada la existencia –endémica– de la precariedad y de situaciones de informalidad laboral.

Ahora bien, desde una perspectiva histórico-sociológica resulta necesario matizar este diagnóstico en relación con el caso argentino. En realidad, hasta no hace mucho tiempo la Argentina fue uno de los pocos países latinoamericanos en el cual aquello que algunos estudiosos han dado en llamar "sociedad salarial" (Castel, 1994), tuvo un desarrollo importante –sobre todo en los polos industriales– aun si este modelo no pudiese ser asimilado al que conocieron ciertos países europeos.

Ciertamente, durante décadas la Argentina fue una sociedad relativamente bien integrada desde el punto de vista social.² En líneas generales, esta integración se realizó en un contexto de pleno empleo, a través de un conjunto de instituciones que fueron posibilitando la incorporación de un amplio sector de los trabajadores urbanos, en términos de derechos sociales, protección social y estabilidad laboral. De otro lado, esta cierta "excepcionalidad" argentina, daba cuenta también, del escaso desarrollo de redes de contención comunitarias, en comparación con otros países latinoamericanos, al tiempo

² Lo cual no significa negar, de ninguna manera, la coexistencia una economía formal –suerte de motor del desarrollo– con formas de economía informal y/o tempranamente precarizadas, como se advierte en el interior del país, por ejemplo en el norte argentino.

que mostraba una expansión igualmente inferior del trabajo informal, como “actividad refugio”, asociado tradicionalmente con las estrategias de sobrevivencia.³

Sin embargo, las hondas transformaciones que sacudieron el país en los últimos treinta años, como producto de las políticas neoliberales, terminaron por reconfigurar completamente las bases de la sociedad. Este proceso, marcado por el empobrecimiento, la vulnerabilidad y la exclusión social arranca en los años ´70, con la última dictadura militar, tiene su punto de inflexión en 1991, con la asunción de Carlos Menem al gobierno, quien profundiza políticas de apertura comercial y de reestructuración del estado; por último, encuentra una aceleración mayor luego de 1995, con la acentuación de la recesión económica y el aumento desmesurado de la desocupación.

La radicalidad y, en muchos casos, la vertiginosidad de estas transformaciones se expresaron por un inédito proceso de descolectivización.⁴ Durante esos largos años, un enorme contingente de trabajadores fue expulsado del mercado de trabajo formal, mientras que otro sufrió las consecuencias de la precarización o buscó refugio en las actividades informales, como estrategia de sobrevivencia. Otro grupo importante, compuesto por jóvenes procedentes de los sectores populares y medios, ni siquiera se encontró en condiciones de desarrollar algún tipo de vinculación con el mundo del trabajo, apenas si guardan algún contacto con el mundo de las instituciones políticas y educativas, y se hallan cada vez menos incluidos en términos de consumo. Por último, numerosas fueron las mujeres que, impelidas por el hambre de sus hijos y la situación desesperante de sus maridos, asumieron la responsabilidad de salir a buscar aquellos recursos que aseguraran la subsistencia mínima, sea a través del trabajo doméstico u actividades similares.

Al mismo tiempo, la sociedad argentina no contaba con redes de contención ni con centros de formación o reconversión laboral, e incluso, el Estado no se propuso desarrollarlos para compensar los efectos de las progresivas medidas de flexibilización laboral o los licenciamientos masivos que acompañaron los procesos de privatización y la reconversión de empresas en el nuevo contexto de apertura comercial. Por otro lado, la

³ Más allá de la expansión de las clases medias y la integración de un amplio sector de las clases trabajadoras, la Argentina estaba lejos de ser una sociedad “desarrollada” y mucho menos una supuesta encarnación de la “justicia social”. Aún así, es innegable que, hasta no hace mucho tiempo, era un país recorrido por una lógica más igualitaria y por una distribución de la riqueza mucho menos inequitativa que la actual.

⁴ Con el término « descolectivización » hacemos referencia a la pérdida de aquellos soportes colectivos que configuraban la identidad del sujeto (sobre todo, referidos al mundo del trabajo y la pertenencia social) y, por consiguiente, a la entrada a un período de « individualización » de lo social. Estamos retomando libremente la noción empleada por R.Castel (1994 y 2000).

mayor parte de los sindicatos, nucleados en la otrora poderosa CGT, de filiación peronista, no sólo no acompañaron a sus afiliados sino que, en casi todos los casos, avalaron activamente el programa de reformas estructurales. Por último, el tejido comunitario de la sociedad argentina, pese a sus incipientes desarrollos desde la década de los '80, aparecía como insuficiente –y demasiado atravesado por los intereses del partido justicialista– en la tarea de amortiguar el peso de tantas caídas.

En este sentido, la emergencia de organizaciones de desocupados tiene como telón de fondo la crisis y el debilitamiento del peronismo en los sectores populares.⁵ Esta transformación no registró una secuencia única y, digamos de paso, está lejos de aparecer como un hecho irreversible. Así, durante el primer lustro de la década menemista, los cambios en el mundo popular se instalaron en el registro de la convivencia y de la complementariedad con la cultura peronista; y es solo a partir de 1996-1997 que nuevas formas de organización y movilización fueron insertándose en el registro de la confrontación y el conflicto con el peronismo. A partir de esa época, el territorio del conurbano bonaerense pasó a convertirse en el escenario de una confrontación, de una lucha “cuerpo a cuerpo” entre las incipientes organizaciones de desocupados y la estructura punteril del partido justicialista.

Sin embargo, el panorama no es fácil de resumir en una sola imagen, pues la breve historia del movimiento piquetero y sus relaciones con el partido justicialista comprende tanto el conflicto y la confrontación en la lucha territorial; la rotación y la cooptación de referentes (“manzaneras”⁶ que abandonaron el partido justicialista, pero que siempre pueden “regresar” en tiempos de campaña electoral); relaciones de convivencia (cuando se trata de organizaciones territoriales, ya institucionalizadas) y, por supuesto, relaciones de negociación (con las huestes del Partido Justicialista, en alguna instancia del poder público) .

En suma, durante los años '90, el peronismo, en tanto lenguaje político desde el cual los sectores populares inteligían la dominación social, fue desdibujándose aceleradamente, al tiempo que las organizaciones territoriales, a través de las novedosas formas de acción colectiva, fueron propusiéndose hacer confluír el trabajo comunitario con las apelaciones a la dignidad, creando con ello un incipiente sentimiento de pertenencia.

⁵ Para el tema, véase Martuccelli y Svampa (1997).

⁶ Las “manzaneras” son vecinas de los barrios que actuaron como mediadoras de uno de los programas sociales más importantes de los '90, el Plan Vida, realizado en la provincia de Buenos Aires, y coordinado por Hilda G. De Duhalde, esposa del entonces gobernador E. Duhalde.

Este conjunto de hechos y factores nos permite comenzar a responder por qué en Argentina existen movimientos de desocupados, cuya expansión y relevancia los han llevado a erigirse en una suerte de caso único en el mundo. Pero esta tentativa de respuesta sería a todas luces insuficiente si no tuviéramos en cuenta que la emergencia de un movimiento de desocupados, con las características actuales –esto es, un movimiento “piquetero”– se explica también por la existencia de una tradición política organizativa, en gran parte asociada a las vertientes más clasistas, cuyos (nuevos) representantes se decidieron a actuar y construir por afuera –y en oposición– de las estructuras sindicales tradicionales, mayoritariamente vinculadas con el partido justicialista.⁷

Por otro lado, es necesario insistir en el terrible proceso de destrucción de las identidades, a la vez individuales y sociales, que vivieron regiones completas de la Argentina, y que afectó sobre todo los contornos tradicionales del mundo masculino. En efecto, expulsados del mercado laboral, los hombres fueron los protagonistas principales de un proceso de cambio que desembocó a la vez en una destructuración social y en una dislocación de la identidad personal. Así, partes completas de un mundo sedimentado y naturalizado en determinadas prácticas, expectativas y creencias, consideradas antes como evidentes, no resistieron la desestructuración abrupta de la cotidianeidad y se desmoronaron en pocos años (Kessler: 1996). Desde esta perspectiva de crisis, parecía no haber mayores posibilidades de recomposición –esto es de redefinición positiva– de la situación: la experiencia de la desocupación conducía a la pasividad, la reclusión, la vergüenza, la autoculpabilización. Esta redefinición del nuevo contexto a través de la acción colectiva provino, no solamente de aquellos hombres, activistas políticos y ex-delegados sindicales –que hoy continúan cumpliendo con un rol dirigencial– sino también de las mujeres, quienes a través de su involucramiento masivo en marchas y cortes de rutas colocaron la demanda de trabajo y alimentos en un nuevo lugar, al tiempo que realizaron un trabajo activo de reconstrucción de la cotidianeidad.

Así, desde el fondo de la descomposición social, nuevas formas de organización y de movilización fueron emergiendo. A partir de 1996-97, una parte de aquella Argentina sacrificada por el modelo neo-liberal e ignorada por los medios de comunicación, hizo su

⁷ En este sentido, el movimiento piquetero, compuesto por organizaciones que se colocan fuera –y en oposición– con las estructuras del partido justicialista, reenvía a la experiencia del sindicalismo de clase, desarrollado a fines de los '60, sobre todo en los polos industriales. Recordemos que dichas experiencias fueron combatidas por el propio peronismo desde el poder (1973-1976), antes de que fueran reprimidas y desarticuladas luego por la última dictadura militar. Para el tema véase James (1990) y Torre (1989)

irrupción en las rutas del país, impidiendo la libre circulación de personas y mercancías, en demanda de puestos de trabajo. De esta manera, la acción colectiva trajo consigo la idea de que otra identidad –y otro destino– era posible para quienes habían perdido su trabajo y habían visto interrumpida su carrera laboral. El nombre "piquetero", además de atraer la atención –de los medios y del sistema político– por su fuerza expresiva, representó una alternativa para todos aquellos para los cuales una definición, como la de desocupados, les resultaba intolerable. Especialmente para quienes habían sido –y aún se consideraban– trabajadores, la posibilidad de nombrarse “piqueteros” tuvo un poder desestigmatizador que facilitó la inclusión de esos sectores en las organizaciones. Un nuevo motivo de dignidad –que reemplazaba entonces la pérdida dignidad del trabajo– podía comenzar a buscarse explorando y explotando la categoría “piquetero” y enterrando finalmente aquella de “desocupado”.

II. Genealogía y afluentes de las organizaciones piqueteras

En primer lugar, es necesario aclarar que desde sus orígenes mismos el movimiento piquetero nunca fue uno ni homogéneo, sino que desde siempre estuvo atravesado por diferentes tradiciones organizativas y corrientes político-ideológicas. En rigor, el proceso de conformación del movimiento piquetero, en tanto “movimiento de movimientos”⁸, reconoce dos afluentes fundamentales: por un lado, reenvía a las acciones disruptivas, evanescentes y por momentos unificadoras, de los cortes de ruta y levantamientos populares registrados en el interior del país a partir de 1996, resultado de una nueva experiencia social comunitaria que aparece vinculada al colapso de las economías regionales y a la privatización acelerada de las empresas del estado realizada en los años ´90; por otro lado, remite a la acción territorial y organizativa gestada en el Conurbano bonaerense, y ligada a las lentas y profundas transformaciones del mundo popular, producto de un proceso de desindustrialización y empobrecimiento creciente de la sociedad argentina que arrancó en los años ´70.

En otros términos, no es posible comprender la génesis ni el posterior desarrollo del movimiento piquetero si no establecemos su doble filiación: por un lado, la vertiente que pone al descubierto la brusca separación de los marcos sociales y laborales que configuraron la vida cotidiana de generaciones y pueblos enteros; desencastamiento

⁸ Retomamos la expresión del Colectivo Situaciones: 2002, que a su vez retoma la consigna de los movimientos anti-globalización.

vertiginoso que, en el límite, señala tanto una relación más cercana con el mundo del trabajo, así como refleja la adopción de un tipo de acción disruptiva, ligada a un modelo de acción confrontativo; por otro lado, la vertiente que señala la importancia de la matriz específicamente territorial de la acción colectiva, que muestra tanto una distancia mayor en relación con el mundo del trabajo formal como, en el extremo, evoca una cierta continuidad de una relación más pragmática con los poderes públicos, en la lucha nada fácil por la supervivencia.

El primer afluente nos emplaza en la perspectiva de la ruptura, tanto como el segundo tiende a marcar la perspectiva de la continuidad. En rigor, podríamos decir que el movimiento piquetero nace allí donde la desarticulación de los marcos sociales y laborales se realiza de manera brusca y vertiginosa, allí donde la experiencia de la descolectivización adquiere un carácter masivo; allí donde el desarraigo tanto como la desocupación reúnen en un solo haz un conglomerado heterogéneo de categorías sociales. Así, la cuna del movimiento piquetero se encuentra en las lejanas localidades petroleras, Cutral-Có y Plaza Huincul (1996-97), en la Provincia de Neuquén, y sobre todo, Mosconi y Tartagal, en la Provincia de Salta (a partir de 1997); esto es, poblaciones cuya vida estaba estructurada en torno de YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales), la mayor empresa productiva del Estado.

Resulta importante subrayar que los cortes de ruta no se iniciaron en 1996/97, sino que habían comenzado a principios de la década, momento en el que constituyeron un recurso desesperado al que echaron mano minoritarios grupos de ex-empleados de algunas empresas públicas para evitar los procesos de privatización y los despidos. Ese origen histórico y simbólico es central para comprender en toda su dimensión la carga "dramática" que el formato propone. Quienes organizan los bloqueos no tienen por recurso, para cobrar visibilidad y abrir espacios de negociación, más que el propio cuerpo expuesto en las rutas (Pérez, 2001).

Los largos cortes de 1996 y 1997 en Neuquén y Salta tienen una importancia fundamental porque, en primer lugar, marcan el pasaje a la acción de nuevos actores constituidos en el interior del país, a saber: multisectoriales conformadas por sectores desigualmente afectados por la desestructuración de las economías locales. Así, los cortes de 1996 en Cutral-Có y Plaza Huincul y los de 1997 en Tartagal y Mosconi,⁹ son

⁹ En el norte argentino, estos cortes no son los primeros, pues registran como antecedente las movilizaciones realizadas por los grupos aborígenes en el puente del Río Pilcomayo, en septiembre de 1996 (23 días de toma pacífica en manos de 35 comunidades aborígenes), en

verdaderos cortes comunitarios donde confluyen desocupados, comerciantes, pequeños empresarios, sindicatos y políticos locales. Ese carácter comunitario es el que, en segundo lugar, organizará la convergencia entre los cortes -los piquetes- y las puebladas¹⁰ que, herederas de los estallidos en las provincias, se producirán, primero, como respuesta a las represiones de los cortes y luego, se constituirán progresivamente en horizontes potenciales de cada corte.

Puebladas y piquetes convergen, por primera vez, ahí donde la experiencia de la desocupación se expresa abruptamente en el más crudo y abierto desarraigo, afectando a trabajadores calificados que contaban con carreras laborales estables, e incluían familias y hasta generaciones completas socializadas en el marco de la estabilidad y el bienestar social.

Sin embargo, el ciclo de movilización del cual forman una parte importante las puebladas y los piquetes tiene una impronta fuertemente sindical que reenvía, por un lado, a la constante movilización de los gremios de docentes y estatales en todo el país; y por otro lado, al hecho de que varias líneas sindicales, opositoras al gobierno de Carlos Menem –la Central de Trabajadores Argentinos y la Corriente Clasista y Combativa - en la segunda mitad de los '90, decidieron volcarse progresivamente hacia la organización de desocupados -y levantar sus banderas- hecho que marca el salto hacia la masividad de las organizaciones piqueteras. Así, la consolidación del nuevo repertorio tiene menos la forma de un reemplazo que la de una nueva alianza y articulación entre sindicatos disidentes, partidos políticos de izquierda y desocupados, poco a poco nucleados bajo la simbología piquetera.

Entre los cortes y puebladas de los años 1996 y 1997, un nombre –*piquetero*- hizo su aparición dando lugar a múltiples y masivos procesos de identificación que cristalizarían, años más tarde, en la conformación de varias organizaciones de escala nacional. En segundo lugar, una configuración de ciertas demandas comienza a articularse en torno de la cuestión piquetera. Esa configuración es tanto subsidiaria de una tematización de los resultados de las reformas económicas y políticas implementadas

contra de la construcción de un puente internacional y en demanda de la adjudicación de tierras. Para el tema, véase Gordillo y Leguizamón: 2002.

¹⁰ Por “puebladas” hacemos referencia a los levantamientos populares, herederos de los “estallidos” de provincia, que siguieron a las represiones llevadas a cabo por las fuerzas de seguridad (gendarmería, policía provincial) y que, en casi todos los casos, finalizó con el retiro de las mismas. A diferencia de los “estallidos sociales”, las puebladas desarrollaron niveles de auto-organización social, vinculados directamente al carácter asambleario de los piquetes. En principio, las puebladas tuvieron una dimensión marcadamente antiprepresiva, pero progresivamente fueron constituyéndose en el horizonte potencial de cada corte.

en el país -el modelo económico- como del establecimiento de un mecanismo de negociación organizado alrededor de la distribución masiva de planes asistenciales. En este punto, es necesario señalar que, en el origen de esa tematización, se encuentra en el carácter fuertemente expresivo¹¹ de los casos paradigmáticos con los cuales se presentó la desestructuración económica en el interior del país, es decir, las crisis de Cutral-Có - Plaza Huinca y Tartagal - Mosconi.¹²

Por último, asociado a la identidad piquetera y a una nueva formulación de las demandas por trabajo, en estos agitados años se consolida el corte de ruta como nuevo formato de protesta legítimo. Su consolidación tienen que ver no sólo con el volumen relativo del formato en relación con otros, lo cual de por sí muestra transformaciones importantes, sino también con el progresivo carácter modular del mismo. El hecho de que los cortes reemplacen a las huelgas como formato principal de protesta ligada al mundo del trabajo entre 1990 y el año 2000 no sólo se vincula con un repliegue sindical -que por cierto también se produjo- sino también con que los sectores sindicales que se siguieron movilizando en la segunda mitad de los noventa encontrarían mayor eficacia y respuesta en el uso del nuevo formato.

A diferencia de las movilizaciones que se producen en aquellas localidades o regiones afectadas por el proceso de privatización de las empresas del Estado y la descentralización administrativa, las acciones de protesta que se llevan a cabo en el Conurbano Bonaerense, en Rosario o en Mar del Plata, reenvían a un proceso económico y social de más largo plazo, ligado tanto a la desindustrialización, como al deterioro creciente de las condiciones de vida de las clases populares y las clases medias-bajas que arrancó a mediados de los '70.

El proceso de pauperización de las clases populares aparece ilustrado por las tomas ilegales de tierras, que se desarrollan desde fines de la dictadura militar y durante los primeros años del gobierno de Raúl Alfonsín. En muchos casos, dichas tomas, que dieron origen a los asentamientos, situados en los márgenes del ejido urbano de las grandes ciudades del país, fueron el producto de movilizaciones cuidadosamente

¹¹ Expresivo no alude a la capacidad de mostrar o hacer visible una realidad oculta sino, más bien, a una forma de articulación, de puesta en forma de distintos elementos de manera significativa (Taylor, 1997).

¹² Finalmente, en el interior del país, la experiencia daría origen a un discurso acerca de la "reparación histórica", que planteaba como exigencia al Estado (nacional y provincial) la puesta en marcha de un proyecto de reconversión económico-productivo para la zona, devastadas a partir del desmantelamiento de la empresa estatal de petróleo.

planificadas, que contaron con el apoyo y la intervención de actores externos, entre ellos, comunidades eclesiales de base y organizaciones de derechos humanos.

Ahora bien, como sostiene Merklen (2001), los asentamientos expresan la emergencia de una nueva configuración social que señala el proceso de inscripción territorial de las clases populares. Una de las primeras consecuencias de esta inscripción territorial es que el barrio aparece como el espacio natural de acción y organización; se convierte en el lugar de interacción entre diferentes actores y organizaciones de base, comunidades eclesiales y, cuando es el caso, de organizaciones no gubernamentales. De esta manera, como saltará a la vista en los años sucesivos, en la medida en que se agraven las condiciones de vida de las clases populares y se acentúe la distancia con el mundo del trabajo formal, la militancia territorial va a revestirse de nuevas dimensiones. Las organizaciones de desocupados que van a ilustrar a cabalidad el modelo "territorial" son la Federación de Tierra y Vivienda (FTV), la Corriente Clasista y Combativa (CCC), el Movimiento Teresa Rodríguez (MTR) y la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (CTDAV),¹³ en un haz por demás heterogéneo que reúne juntas vecinales, sociedades de fomento y activistas, provenientes de diferentes horizontes políticos.¹⁴

Entre 1991 y 1997, en la medida en que el paisaje urbano perdía sus rasgos tradicionales, hasta convertirse en un verdadero cementerio de industrias,¹⁵ la política en los barrios fue recluyéndose en su dimensión más reivindicativa, despojándose de sus lazos tanto con la militancia política como respecto del mundo sindical. Las razones de tal inflexión son variadas y complejas: el telón de fondo es, sin duda, el triunfo del peronismo en su versión neoliberal y los cambios en la estrategia de intervención social del Estado respecto de los sectores populares (el pasaje de lo sindical a lo territorial, a través de una política social focalizada).

De todas formas, aún cuando las formas de organización y acción tienen una historia más larga, es también a partir de 1996-1997 que se constata la intervención de aquellos actores sociales que constituyen el segundo afluyente, y que inscriben su acción en la "línea de la continuidad", en términos de estrategia territorial, a saber, dentro de una tradición contestataria, pero a través del trabajo en el espacio barrial, especialmente

¹³ Aclaramos que los nombres –Teresa Rodríguez y Aníbal Verón - corresponden a manifestantes asesinados por las fuerzas de seguridad durante los cortes de ruta realizados en las localidades petroleras, donde surgen los primeros piqueteros.

¹⁴ También encontramos unos pocos dirigentes territoriales ligados a estructuras políticas partidarias (Partido Comunista y Partido Obrero).

¹⁵ Uno de los indicadores es la pronunciada caída del empleo asalariado que se produjo entre 1991 y 1997 en el área metropolitana de Buenos Aires registrada, en donde a mediados de los '90 se concentraba más de la mitad de las firmas industriales" (Cortés y Marshall, 1999).

ligado a la gestión de las necesidades básicas. En este sentido, la súbita visibilidad que el trabajo territorial fue adquiriendo a través de las primeras ollas populares y cortes de ruta, puso al descubierto el alcance de las transformaciones y el empobrecimiento operados dentro del mundo popular.¹⁶ Así, es la acumulación de una experiencia de trabajo barrial, ligada a la historia de los asentamientos, sobre todo en La Matanza (Provincia de Buenos Aires) y, de manera más reciente, en el eje sur del conurbano bonaerense, lo que constituye el núcleo de la acción contestataria y, rápidamente, el punto de partida para la organización y la acción masiva.

Es la convergencia de estos dos afluentes lo que va a permitir la formación, la expansión y aún la posterior potenciación del movimiento piquetero. La confluencia entre, por un lado, acción disruptiva e identidad piquetera, originaria de los piquetes y puebladas del interior del país y, por otro lado, el modelo territorial y los marcos organizativos desarrollados de manera paradigmática en determinadas regiones. Es este doble origen el que explica tanto la riqueza como la diversidad del movimiento piquetero, al tiempo que nos anticipa algo acerca de su fragmentación inevitable.

En este sentido, las dos Asambleas Nacionales Piqueteras, realizadas en La Matanza (Buenos Aires) en julio y septiembre de 2001, representan el momento culminante en el cual las distintas corrientes y organizaciones, que se formaron durante los primeros años de movilización, se encontraron con el objetivo de conformar un movimiento unificado. Esa experiencia tuvo una importancia mayor pues marcó un límite en la posibilidad de construcción de un movimiento común y puso al descubierto las distintas lógicas de organización y acción política que orientan de manera diferente la actividad de cada uno de las organizaciones y agrupamientos.

Esas diferencias, al igual que una marcada heterogeneidad social en las bases de las organizaciones, no han impedido sin embargo, que el movimiento piquetero tomara forma y se presentara públicamente en los últimos años de la década del '90 a partir de algunos elementos que definen los rasgos centrales de su identidad y los marcos comunes de su acción.

III. Las dimensiones de la experiencia piquetera: la heterogeneidad de las bases sociales, la identidad piquetera y un repertorio común de acción

¹⁶ Para una visión genealógica de los nuevos movimientos sociales nacidos en el sur del Conurbano Bonaerense, que incluye a los movimientos juveniles, a partir del análisis del empobrecimiento de las clases medias, medias-bajas, véase el sugestivo libro de R. Zibechi (2003).

La primera cuestión que llama la atención al analizar la experiencia piquetera es la profunda heterogeneidad de las bases sociales de los movimientos de desocupados. Esta comprende un triple clivaje, a la vez social, generacional y de género. Así, en primer lugar, la heterogeneidad es social, pues si bien es cierto que los desocupados comparten ciertas condiciones de vida y experiencias comunes básicas, éstos provienen de trayectorias y saberes muy dispares, al tiempo que cuentan con recursos culturales y simbólicos muy disímiles. En efecto, la desocupación abraza a diferentes categorías sociales, desde grupos considerados como “pobres estructurales” con una trayectoria marcada por la vulnerabilidad social y la precariedad laboral, pasando por segmentos de la clase trabajadora industrial, que hasta hace poco tiempo contaban con un trabajo más o menos estable y que vieron interrumpida abruptamente su carrera laboral, hasta sectores de clases medias empobrecidas, que en el último decenio han visto reducidas drásticamente sus oportunidades de vida.

En líneas generales, podríamos afirmar que, en Argentina, la experiencia de la descolectivización se sitúa entonces entre dos extremos: ésta puede ser de larga data, esto es, estar en el origen de una trayectoria por momentos errática, signada por la precariedad y por la inestabilidad (alternancia de períodos de empleo –formal o precario– con períodos de desempleo); o bien, la experiencia del desempleo puede ser más reciente, estar asociada a una carrera laboral más estable que se interrumpe abruptamente.¹⁷ Así, mientras el primer caso nos plantea una desconexión progresiva o

¹⁷ Como hemos dicho, en Argentina, el proceso de deestructuración del mundo obrero industrial no registra una secuencia única. Para todo un sector de desocupados, el proceso de descolectivización, en un sentido más general, arranca en 1976, con la última dictadura militar y se va acentuando a lo largo de los primeros gobiernos democráticos. Así, ya en este período, no son pocos los trabajadores que se ven excluidos del mercado formal, y que comienzan a desplazarse hacia actividades propias del sector informal, a partir del trabajo por cuenta propia o en relación de dependencia. A esta primera ola desindustrializadora, que afectará sobre todo a los sectores menos calificados dentro de la clase trabajadora formal (Beccaria: 2002), le seguirá una segunda ola, ya bajo el gobierno de C. Menem, iniciada entre 1990-1991, caracterizada por la implementación de una serie de reformas estructurales que apuntaron a la apertura de la economía, la privatización de las empresas públicas, y el control de la mano de obra a través de la flexibilización laboral. Esta segunda ola afectó a los trabajadores del cordón industrial del Conurbano Bonaerense, en donde residían gran parte de las firmas industriales del país, además de los empleados dependientes de la órbita del Estado. Muchos de ellos encontraron refugio en las actividades informales y precarias, pasando de las pequeñas “changas” al trabajo en la construcción, para los hombres, hasta el servicio doméstico, para las mujeres. Por otro lado, en esta etapa el desempleo también fue contenido por el aumento del empleo público (sobre todo en las provincias) (Beccaria: 1996). Por último, podemos situar una tercera ola, que se inicia en 1995, con el “efecto Tequila”, que abrió una etapa de recesión económica y de desempleo masivo. A partir de este momento, en que se produce una acelerada expulsión del mercado de trabajo, la

gradual con el mercado de trabajo formal, el segundo, conlleva una desvinculación más brusca y vertiginosa.

De todos modos, tanto desde una perspectiva de corto como de mediano plazo, la erosión de los tradicionales marcos sociales y culturales que estructuraron el mundo obrero industrial, marcado por la experiencia de la integración a la vez política (la identidad peronista), económica (el acceso al consumo) y social (los derechos sociales, protección social, estabilidad laboral) devino inevitable. Sin embargo, uno de los elementos cruciales de la experiencia no es tanto el carácter ineluctable de la crisis y la desaparición del modelo “tradicional”, sino más bien la distancia –personal y a la vez colectiva– que se establece entre aquel modelo de estructuración “originaria” y la vivencia de los actores.

La experiencia de desocupación abarca también un conjunto de actores sociales tradicionalmente situados dentro de los sectores medios. Así, para comenzar, es necesario observar que las clases medias empobrecidas están presentes en el movimiento piquetero, casi exclusivamente dentro de los grupos más autónomos –es decir, que no tienen vinculación ni con estructuras partidarias ni sindicales– y, más aún, a través de los jóvenes. Esto responde a varias razones, entre ellas, al hecho de que en los últimos años las clases medias han mostrado un mayor grado de desconfianza hacia las estructuras organizativas dependientes de partidos políticos o de sindicatos. En ese sentido, no es raro constatar la proximidad cultural, suerte de afinidad electiva, entre las prácticas políticas de los grupos autónomos y las aspiraciones políticas de los sectores progresistas de las clases medias. Esto aparece ilustrado de manera paradigmática por los MTD de la Coordinadora Aníbal Verón y, en menor medida, por el Movimiento Teresa Rodríguez, quienes cuentan entre sus filas militantes y referentes provenientes de las clases medias politizadas. No sucede lo mismo con otros movimientos de desocupados que se sitúan, desde la perspectiva y expectativas de las clases medias, en las antípodas políticas y culturales de estas expresiones.¹⁸

trayectoria laboral tiende a ser más o menos general para el conjunto de la población desocupada, que buscará un refugio en tareas o servicios temporarios e inestables. Sin embargo, a partir de 2001, estos trabajos también comenzarán a escasear, dada la amplitud de la crisis económica y financiera. Una vez dicho esto, es necesario añadir que la secuencia de este proceso varía también según las regiones y las provincias. Así mientras la desindustrialización tocó tempranamente los grandes polos urbanos de desarrollo, como Córdoba, Rosario y el Conurbano Bonaerense, no sucedió lo mismo en ciertos enclaves productivos regionales, que fueron afectados más tardíamente, en los '90.

¹⁸ Luego del 19 y 20 de diciembre de 2001, esta suerte de afinidad electiva con los grupos autónomos se extendió a una gran parte de las clases medias movilizadas que, hallaron en estas

A esto es necesario agregar, en segundo lugar, el clivaje de género, pues no es posible ignorar que más de la mitad de los adherentes y militantes de las organizaciones piqueteras son mujeres, muchas de ellas, sin experiencia política ni trayectoria laboral en el mercado de trabajo formal. Sin embargo, es sobre las mujeres que reposa gran parte de la organización administrativa y laboral, sin contar que muchas de ellas tienen un rol fundamental en otras tareas, tradicionalmente masculinas, como la seguridad. Por otro lado, más allá de las trayectorias laborales, hay una serie de prácticas y competencias ligadas a la experiencia sindical, en el caso de los hombres, y de la acción comunitaria, en el caso de las mujeres, que van a encontrar un lugar de potenciación en el conjunto de la actividad piquetera, desde los barrios a la ruta.

Ahora bien, es indudable que pese al protagonismo innegable que desde el principio han tenido las mujeres, son muy pocas las que en la actualidad aparecen como dirigentes a nivel nacional. Esto no se debe solamente a los rasgos conservadores del mundo popular, sino también al hecho de que aquellos que provienen del universo militante, tanto político como sindical, son hombres, mientras que las mujeres más destacadas, por lo general, no poseen una trayectoria política ni sindical, aunque sí, en algunos casos, una experiencia organizativa en el plano barrial –como manzaneras o agentes comunitarios. Esto explicaría, parcialmente, el hecho de que se insertan en las organizaciones como “cuadros medios” y/o como referentes regionales. Pero, como tantos otros temas, es necesario seguir su evolución, antes que establecer dictámenes definitivos.

En tercer lugar, la cuestión se complejiza aún más si tenemos en cuenta que los jóvenes constituyen una parte importante de las bases sociales de las organizaciones. Son precisamente los jóvenes quienes tienden a expresar de manera paradigmática gran parte de las ambivalencias a la que están expuestos los actores movilizados, sobre todo en relación con el debilitamiento de la cultura del trabajo y con respecto a la encarnación

agrupaciones una suerte de “modelo” organizativo diferente de aquel asociado a la izquierda partidaria. Nos referimos, sobre todo, a los sectores enrolados dentro del movimiento de asambleas, en diferentes barrios de la Capital Federal y otras ciudades del interior del país. Así, durante las intensas movilizaciones de 2002, el movimiento de asambleas barriales proporcionó nuevos espacios de cruce entre los diferentes actores, no solamente grupos piqueteros, sino también cartoneros, partidos políticos de izquierda y, más recientemente, trabajadores de fábricas recuperadas. Dichos cruces y movilizaciones no sólo contribuyeron a matizar –jamás a eliminar– las imágenes estigmatizantes de la alteridad (los excluidos/ los violentos), asociadas a las distintas corrientes del movimiento piquetero, sino que fueron aportando nuevas dimensiones relacionales y redes de solidaridad a los grupos piqueteros. Por último, las asambleas constituyeron también un lugar de ampliación del universo militante, visible en la incorporación de sectores medios movilizados a los grupos piqueteros.

de la identidad “piquetera”, más definida en la ruta (en la confrontación), que en los barrios (el trabajo comunitario).

Pero además los jóvenes, más que cualquier otro grupo, han sido y continúan siendo las víctimas privilegiadas de los abusos de la policía, quien a lo largo de las últimas décadas ha venido perfeccionando con ellos –y sobre sus cuerpos– una metodología de guerra sucia. Este doble proceso de criminalización –de la pobreza y de la juventud– que se inició primero en los barrios y continuó luego en la ruta, explica por qué los jóvenes piqueteros presentan una mayor propensión a buscar ejes de identificación positiva en la lucha y la confrontación con las fuerzas represivas.

Al mismo tiempo, si bien es cierto que –a falta de experiencia laboral– la disciplina y la solidaridad pueden hallar otros espacios de producción, resulta muy dificultoso generar un *savoir-faire* en un contexto que favorece la realización de un trabajo comunitario, ligado muy estrechamente a la satisfacción de las necesidades más inmediatas (huertas comunitarias, comedores, roperos, entre otros). En definitiva, las definiciones identitarias en los jóvenes se juegan en un espacio en el cual se manifiesta un doble divorcio: tanto del mundo político-institucional como del mundo laboral.

De todas formas, aún en este contexto de fuerte heterogeneidad y más allá de las diferencias que pueden encontrarse entre las distintas organizaciones piqueteras un elemento común las recorre. Ese elemento puede ser definido como una *identidad piquetera*, cuyo anclaje no es otra cosa que un relato constituido a partir de 1996 en el que se narra la experiencia de los piqueteros.¹⁹

Todos los testimonios –no sólo las entrevistas sino también las crónicas periodísticas– coinciden en que ese relato comienza con el corte en Cutral-Có y Plaza Huincul donde surge el nombre piqueteros. Como fue presentado en el apartado anterior, históricamente esa narración vincula tres términos fundamentales: en primer lugar, ya lo hemos dicho, un nombre -piqueteros- que es el agente principal de las acciones que la historia narra; en segundo lugar, y diremos que como eje central, se encuentran precisamente esas acciones que son los cortes de ruta -los piquetes y en tercer lugar la historia se complementa con los motivos y las consecuencias de esas acciones, lo que remite centralmente tanto al vínculo entre modelo económico y crisis, cuanto a la demanda de trabajo, la recepción y administración de planes asistenciales.

¹⁹ Sobre la utilización de la noción de identidad narrativa -elaborada originalmente por Paul Ricœur- aplicada al estudio de movimientos sociales: Polletta, F., "'It Was Like a Fever...': Narrative and Identity in Social Protest", en *Social Problems*, Vol. 45, No. 2, Mayo 1998 y Polletta, F., "Contending Sotories...", en *Qualitative Sociology*, Vol. 21, No. 4, 1998.

Esa configuración que es la que finalmente anuda los tres elementos que conforman la historia piquetera no ha sido definida de esa manera desde el principio sino que atravesó un camino sinuoso -cruzado por otros relatos posibles- hasta que se produjera una cierta estabilización.

Finalmente, la experiencia piquetera se construye al interior de un espacio en el cual se ha ido definiendo un repertorio común de acción. Desde nuestra perspectiva, los ejes articuladores que estructuran ese espacio son, en primer lugar, el *piquete* o corte de ruta, en segundo lugar, el *funcionamiento asambleario*; en tercer lugar, la *pueblada*; por último, el *trabajo territorial* desarrollado a partir de la instalación de una demanda (los planes sociales).

En primer lugar, el piquete o corte de ruta, en tanto nueva metodología de acción, desplazó y fijó un nuevo umbral en los conflictos sociales, insertándolos en una dimensión cruda, el de las condiciones de vida material. Parte de su caudal disruptivo proviene así de esta interpelación radical, que es a la vez, el reclamo de una situación límite y una urgencia, que envuelve la problemática de la falta de trabajo junto con la realidad palpable del hambre.

En tanto metodología de acción directa, el *piquete* conoce diferentes inflexiones, esto es, puede tomar un carácter parcial o total, puede tratarse de un corte de ruta o un corte de acceso a empresas; o más recientemente, puede tomar la forma de un “acampe” frente a las oficinas de un ministerio o secretaría de gobierno, puede ser seguido de una toma o bien de un levantamiento insurreccional. Así, en tanto formato modular, pese a que el piquete conserva gran parte de su potencia disruptiva, no es menos cierto que éste se inserta en un espacio de tensión, atravesado por fuertes tendencias tanto a la disrupción como a la institucionalización.

En realidad, la manera en cómo el piquete es utilizado por unos y por otros, pone al desnudo no sólo la heterogeneidad de tradiciones ideológicas sino también las diferentes temporalidades de las organizaciones. Así, para los actores más “instalados”, una vez afirmados los canales de negociación con las autoridades, logrado un cierto umbral de satisfacción de las reivindicaciones, en fin, una vez reconocidos como interlocutores y actores de poder, resultaba claro que el piquete debía perder o evitar sus aspectos más disruptivos.²⁰ Esta inflexión se operó luego del fracaso de las dos cumbres

²⁰ Lo cierto es que este clivaje revela posiciones por demás antagónicas acerca de la relación del nuevo actor con el resto de la sociedad: así, mientras que unos intentan diluir aquellos rasgos de alteridad que presenta el nuevo actor social, a fin de favorecer la creación de condiciones de

piqueteras, cuyos debates enfrentaron duramente a los grupos autónomos, sobre todo el Movimiento Teresa Rodríguez, con las dos líneas sindicales, la Federación de Tierra y de Viviendas y la Corriente Clasista y Combativa.

En lo que se refiere a la dinámica asamblearia, segundo elemento en común, es necesario señalar que ésta ha signado sin dudas la historia de los diferentes levantamientos populares que han sacudido la Argentina de los '90. Ciertamente, la experiencia de Cutral Có, en 1996, marcó el inicio de una fuerte dinámica asamblearia que prontamente retomarán otras grandes movilizaciones del período (Tartagal-Mosconi, Jujuy, Corrientes); se expresará luego en determinados formatos organizativos dentro de las estructuras de los grupos piqueteros; y encontrará, por último, una nueva inflexión en el proceso asambleario iniciado en la Ciudad de Buenos Aires y en otros lugares del país a partir de diciembre de 2001. Un nuevo ciclo político que se abre entonces en las lejanas localidades del sur, en la ruta nacional 22, con una única consigna, "¡Que venga Sapag!" y que, de alguna manera, se cierra en Plaza de Mayo y en el Congreso Nacional, en los centros mismos del poder ejecutivo y legislativo, con una multitud que corea la consigna "¡Que se vayan todos!".

La distancia entre una consigna y otra nos marca a las claras el proceso creciente de disociación entre el sistema político y las formas auto-organizadas de lo social acaecido en la Argentina. Pues si la consigna de las ciudades petroleras anunciaba la ruptura de las mediaciones, no implicaba por ello el cuestionamiento del principio mismo de representación política. El grito indicaba una demanda de negociación directa con la autoridad máxima, el gobernador de la provincia. La crisis y desaparición vertiginosa de los marcos sociales y económicos de dos pueblos había originado un proceso inédito de desestructuración. Expulsados, los individuos habían encontrado un nuevo anclaje comunitario en el discurso de "reparación histórica".²¹ Así, lo que el pueblo pedía, reunido en asambleas, junto a los numerosos piquetes que cortaban la ruta, no era otra cosa que recrear un nuevo pacto social. En cambio, la consigna que atraviesa la garganta en medio del ruido de las cacerolas, a partir de diciembre de 2001, pone de manifiesto el rechazo del principio mismo de representación política. La multitud no pide por nadie; o más bien,

"integración" futura o, en otros casos, de "articulación" con los sectores medios, los otros buscan afirmar la radicalidad de sus planteos estratégicos.

²¹ Lo que denominamos aquí como "reparación histórica" es un discurso que generó en los grandes cortes multisectoriales de 1996 y 1997 -especialmente en los que tuvieron lugar en los pueblos petroleros- que exigía -a veces al gobierno provincial, otras al gobierno nacional o también a las empresas privatizadas- una compensación por los efectos de las privatizaciones, el desempleo y la reducción de la actividad económica local.

exige sin más el retiro de los representantes políticos. Anuncia entonces el final de un contrato social, que coincide, claro está, con el colapso del modelo de convertibilidad, que había comenzado con la liquidación de los eslabones más débiles.

Así, aunque ambas experiencias asamblearias parten de la idea de la distancia o la disociación entre el sistema político y la sociedad, no por ello comparten la misma concepción del vínculo político. La doble experiencia asamblearia en Cutral C6 y Plaza Huincul, no vehiculaba otra cosa que un pedido de inclusi6n, a trav6s de la reformulaci6n de un proyecto econ6mico y social integrador. En cambio, en diciembre de 2001, la multitud desengañada plantea la separaci6n con respecto al sistema político representativo; en el límite, la afirmaci6n de la autonomía de lo social, expresada en un conjunto de redes de solidaridad conformado por diferentes organizaciones sociales y comunitarias.

En tercer lugar, un elemento fundamental de los marcos comunes de acci6n del movimiento piquetero se relaciona con el doble papel que juegan allí las puebladas. Desde el inicio de las movilizaciones en el interior del país, las puebladas representaron para las organizaciones de desocupados, una suerte de garantía para enfrentar las represiones que les esperaban como respuesta a los cortes de ruta. En este sentido, la experiencia de la localidad de General E. Mosconi (en Salta) es paradigmática pues allí la construcci6n política de la Uni6n de Trabajadores Desocupados (UTD) se produjo en relaci6n directa con la capacidad de maniobra que supuso el levantamiento de todo el pueblo en los casos en que se desataron represiones de los cortes.

Como en épocas de guerra, sirenas y campanas despertaron una y otra vez a la poblaci6n de Mosconi en momentos en que la ruta comenzaba a ser desalojada. En todos los casos, los habitantes salieron y enfrentaron a las fuerzas de seguridad. Pero, a diferencia de las primeras puebladas -en Neuquén- dónde la movilizaci6n generalizada acompañó los cortes de ruta motorizados por multisectoriales, a partir de 1997, las puebladas fueron incorporadas progresivamente por los actores en su l6gica de construcci6n política. Este proceso de reinscripci6n en un registro más específicamente político se produjo en la medida en que las puebladas pasaron a constituir verdaderas redes de contenci6n antirrepresivas que impidieron que los operativos policiales o de la Gendarmería fueran llevados adelante o completados con éxito.

Esas situaciones de movilizaci6n masiva -"es todo el pueblo" según lo había expresado una jueza federal- representaron para muchas comisiones y organizaciones de desocupados -tal al menos los casos de Salta, Neuquén y Jujuy- una posibilidad de hacer

frente a la respuesta del Estado y dar, por ende, un salto cuantitativo en su capacidad de negociación. Por otro lado, aún en las localidades donde los procesos de organización de los desocupados no tuvieron las mismas características que en Mosconi, la pueblada dejó claramente la impronta de un nuevo tipo de relación entre los habitantes.

En suma, la mayoría de las organizaciones ha realizado un procesamiento interno y reflexivo en torno a las modalidades y herramientas del cambio social. Lejos de los primeros estallidos sociales, cuyo carácter puntual y evanescente parecía poner en entredicho la idea de una nueva apertura, y por ende, la posibilidad de construir desde un nuevo escenario político-social, las puebladas de la segunda mitad de los años '90 instalaron en el presente argentino dos ejes mayores del pensamiento revolucionario: si para unos reafirma la idea de que una línea insurreccional es posible; para otros, la pueblada viene a potenciar tanto la dinámica asamblearia como la gestación de un gobierno paralelo, como punto de partida para la construcción de un nuevo poder.

Por último, en cuarto lugar, para todas las organizaciones piqueteras las distintas modalidades de planes asistencial-laborales representan una condición de posibilidad de su existencia. Esto se explica porque históricamente todos los cortes de ruta fueron levantados a cambio de "paquetes" de planes provinciales o nacionales, o en algunos casos, contra la entrega de mercadería.

Esta configuración de intercambios revela dos elementos fundamentales que representan el contexto en el que se desarrollaron las organizaciones piqueteras. El primero, es el de la *urgencia*: efectivamente la prolongación de situaciones de desempleo y la desestructuración económica general produjeron para importantes capas de la población argentina una nueva realidad que es la del hambre. El segundo, es el de la *desconfianza*: es decir, la imposibilidad de sostener compromisos a mediano o largo plazo, principalmente por el incumplimiento sistemático de todas las instancias estatales en los acuerdos alcanzados en los cortes. Finalmente, lo único a lo que podían aspirar las organizaciones de desocupados era (a falta de organizaciones y estructuras de movilización estables) a ayudas (pecuniarias o en especies) que llegaran a los beneficiarios de manera rápida antes de que se produjera la desmovilización, lo que otorgaba cierto margen a los gobiernos para no cumplir los acuerdos pactados en las rutas.

Durante los últimos años de la década del '90, los planes sociales significaron una solución de compromiso, una especie de débil equilibrio logrado en el contexto de la necesidad y de una importante debilidad relativa. Sin embargo, si bien la movilización

comenzó siendo esporádica, ella fue cada vez más masiva y recurrente, con lo cual durante la segunda mitad de los noventa algunos grupos lograron consolidar sus volúmenes de planes. Por otro lado, como lo mencionamos más arriba, éstos comenzaron a ser percibidos cada vez más por las organizaciones -sobre todo por sus bases- como derechos adquiridos, antes que como prestaciones asistenciales. Poco a poco, en la medida en que las organizaciones fueron tomando cuerpo y forma, los planes comenzaron a ser tematizados en discusiones que rozaron muy de cerca un problema fundamental, a saber: ¿qué se entiende por trabajo genuino? La respuesta a esta gran pregunta pone al descubierto las grandes diferencias que en términos estratégicos recorren a las organizaciones piqueteras.

En el interior del país, la distribución masiva de planes permitió hacer frente a situaciones de desprotección total. Sin embargo, en varios casos los planes fueron recibidos como salarios y la obligación de desarrollar una contraprestación laboral fue rápidamente asumida. Así, como lo vimos, se produjeron situaciones paradójicas, pues las propias organizaciones fueron creando los marcos necesarios para poder llevar adelante los proyectos, dando origen a verdaderas experiencias de autogestión. En muchos casos, los municipios no sólo no entregaron los materiales para que se llevaran adelante los proyectos sino que muchas veces impidieron la ejecución de las tareas. El punto importante aquí es que en la realización de esos proyectos y, en el límite, en la experiencia de la autogestión, varias organizaciones encontraron un sustituto del trabajo genuino. Ese sustituto les abrió la posibilidad de volver a pensarse como trabajadores y, por ende, reencontrar la dignidad. Por otro lado, también en muchos casos el desarrollo de esos proyectos -específicamente de huertas comunitarias- permitió (re)construir mini economías de subsistencia que permitieron hacer frente a las situaciones de hambre. Por último, el desarrollo de las tareas -especialmente de las obras públicas- produjo otra percepción y legitimación de las organizaciones en el seno de sus comunidades.

Por tanto, en muchas de las organizaciones piqueteras del interior del país, el manejo de los planes sociales permitió un doble proceso de legitimación al interior y exterior de las organizaciones. Recuperando una forma de trabajo digno -aún transitorio- los militantes lograron hacer frente a la apatía y al inmovilismo que caracteriza a la categoría de desocupado y, por otro lado, en algunas de las líneas nacionales, permitió establecer rutinas y anclar formas de organización que van más allá de la convicción militante.

Podemos ver que, en todos los casos, la inclusión de los planes en las lógicas de construcción política fue menos una decisión de las organizaciones que la presión de las bases frente a los contextos de urgencia y necesidad. Sin embargo, la aceptación de los planes supuso que implícita o explícitamente, cada una de las organizaciones se diera debates o tomara decisiones respecto de sus formas organizativas, de las claves de sus inscripciones territoriales y, fundamentalmente, de la manera en que se tematizaba o retematizaba la noción de trabajo. Para la mayor parte, la fuerte impronta de la herencia de la vieja sociedad salarial marca todavía la concepción del trabajo genuino y el horizonte de su reconstrucción. Sin embargo, hay que señalar que extrañas y complejas mezclas de significación se produjeron a partir de esa base. En el interior del país fue donde se produjo una asimilación más fuerte entre los planes y el trabajo, aún cuando el reemplazo nunca se produjo y todavía hoy varias organizaciones siguen demandando puestos de trabajo en las empresas, sin renunciar por ello a los derechos adquiridos. Para las grandes organizaciones del conurbano, la distancia entre los planes -concebidos como puros recursos organizacionales- y el trabajo es todavía más marcada.

IV. A manera de conclusión

Los elementos de recomposición social y política que han aportado las organizaciones piqueteras señalan una importante continuidad entre lo realizado en las rutas y la tarea efectivamente llevada a cabo en los barrios. La acción colectiva colocó en el centro del discurso y del auto-reconocimiento la cuestión de la dignidad. En la ruta, el piquete instaló la confrontación como modelo de acción, al tiempo que apareció como un lugar de recreación identitaria. Esto permitió pensar la experiencia de la desocupación desde un nuevo lugar y revestirla de otras dimensiones. Fue sin duda desde esta experiencia primera que nuevas formas de hacer política comenzaron a asomar tímidamente.

A lo largo de los años, la acción se continuó en la tarea de los barrios, a partir de la organización del trabajo comunitario, centrado en la resolución de las cuestiones más elementales y urgentes de sobrevivencia. Una tarea a todas luces menos espectacular que el corte de ruta, y por eso también más “invisible” para el resto de la sociedad. Desde el comienzo, el trabajo territorial absorbió una gran parte de la energía organizativa y ejecutiva de los grupos. Las mujeres, madres de familia –que, junto con los jóvenes

representan el sector más numeroso- han sido y continúan siendo el sostén “asistencial” del modelo piquetero, en tanto y en cuanto son ellas las que contribuyen de manera fundamental tanto a la reorganización de la vida cotidiana como a la realización de las labores comunitarias del barrio.

Pese a la urgencia, la gestión del trabajo comunitario ha ido desembocando en la exigencia de dotar de mayor espesor a las profusas experiencias de autogestión. No es extraño por ello que, detrás de las nuevas estrategias de intervención territorial comience a asomar un universo auto-organizado que poco debe a la tradición sindical argentina (donde la cuestión de la autogestión –a través del control de la producción- está poco presente), como tampoco a la influencia de una matriz comunitaria (como sucede en los países andinos y en los movimientos de corte indigenista). Es cierto que, de ahí en más, en cada organización, la autogestión se inscribe en planteos estratégicos diferentes, pero sin duda y por encima de las divergencias, el hecho de que esta sea la marca más visible de otras movilizaciones sociales (fábricas recuperadas y movimientos de vecinos, expresiones contraculturales), nos trasmite claramente el lugar que ocupa en la “nueva política”.

En suma, los logros que en términos de recomposición social y política han realizado las organizaciones piqueteras han sido significativos, pero no por ello menos frágiles. En determinadas oportunidades, al interior del espacio piquetero, la afirmación radical de la diversidad puede ser un llamado a la fragmentación; las controversias político-ideológicas pueden conllevar el pasaje de una lógica de la cooperación a una lógica del conflicto. Asimismo, no hay que olvidar que, desde el comienzo, la estrategia estatal respecto de las organizaciones piqueteras ha ido alternando una política de cooptación, de corte netamente clientelar, con una política represiva, sobre todo en contra de los actores organizados más movilizadas.

Con menos discursos triunfalistas, posiblemente con mayores riesgos de cooptación, seguramente con menor visibilidad social, la etapa que se abre trae consigo nuevos desafíos, entre los cuales se destaca la tarea de profundizar la experiencia de la autogestión y la democratización interna, así como la necesidad de ir buscando nuevos cruces y articulaciones políticas.

Bibliografía citada

Beccaria, L. (2002), “Empleo, remuneraciones y diferenciación social en el último cuarto del siglo XX”, en AAVV, *Sociedad y Sociabilidad en la década de los '90*. Universidad Nacional de General Sarmiento- Biblos.

----- (2001), *Empleo e integración social*, Fondo de Cultura Económica, México.

-Castel, R. (1995), *La metamorfosis de la cuestión social*, Buenos Aires, Paidós.

----- (2000), “¿Por qué la clase obrera perdió la partida?”, en *Revista Actuel Marx*, ‘Las nuevas relaciones de clase’, vol. II, Edición argentina, A.Kohen

-- Colectivo Situaciones y MTD Solano (2002), *La hipótesis 891. Más allá de los piquetes*, Buenos Aires, ed. De mano en mano.

----- (2003), “Causas y Azares. Dilemas del nuevo protagonismo social”, Borradores de investigación, nro 4. www.nodo50.org/colectivosituaciones.

-Cortés, R. y Marshall, A. (1999). “Estrategia económica, instituciones y negociación política en la reforma social de los '90” en *Desarrollo Económico* 39 (154). Buenos Aires. pp. 195-212.

-Filleule, O. (1993), “Conscience politique, persuasion et mobilisation des engagements. L'exemple du syndicats de chômeurs, 1983-1989, en Filleule (dir.), *Sociologie de la Protestation. Les Formes de l'action collective dans la France Contemporaine*, Paris, L'Harmattan.

-Gordillo G. y J.M.Leguizamón (2002), *El río y la frontera. Movilizaciones aborígenes, oras públicas y Mercosur en el Pilcomayo*, Buenos Aires, Biblos.

-James, D. (1990), *Resistencia e Integración*, Buenos Aires, Sudamericana-

-Kessler, G. (1996), “Algunas implicancias de la experiencia de desocupación para el individuo y su familia” en Beccaria y Lopez (comp.) *Sin trabajo*, Buenos Aires, UNICEF/Losada.

-Martuccelli, D y M. Svampa, (1997) *La Plaza Vacía, Las Transformaciones del peronismo*, Bs.As, Losada.

- Merklen, D. (2001) “Inscription territoriale et action collective. Les occupations illégales de terres urbaines depuis les années 1980 en Argentine », Tesis de doctorado, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris.

-Murmis, M. (2000), “Cuestión social y lazos sociales”, Buenos Aires, mimeo.

-Nun, J. (2001), *Marginalidad y exclusión social*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

- Pérez, G., "Pálido fuego: Hannah Arendt y la declinación de la figura del trabajador en las sociedades contemporáneas. Apuntes sobre los piqueteros en Argentina", (mimeo), Buenos Aires, 2001.
- Polletta, F., "'It Was Like a Fever...' Narrative and Identity in Social Protest", en *Social Problems*, Vol. 45, No. 2, Mayo 1998
- Polleta, F., "Contending Sotories...", en *Qualitative Sociology*, Vol. 21, No. 4, 1998
- Schuster, F. y Pereyra, S. (2001): "La protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectivas de una forma de acción política", en N.Giarraca y colaboradores, *La Protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Madrid, Alianza.
- (2002), *La trama de la crisis. Modos y formas de la protesta Social a partir de los acontecimientos de diciembre de 2001.*, Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- Simmel, G. (1986), *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Barcelona, Península.
- Svampa, M. (2002), "Las dimensiones de las nuevas movilizaciones sociales", en *El Rodaballo*, año VIII, n° 14, Buenos Aires, julio.
- (2003), "Las dimensiones de las nuevas movilizaciones sociales: las asambleas barriales, segunda parte", en *Revista El Ojo Mocho*, Buenos Aires.
- Svampa, M y S. Pereyra (2003), *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Biblos.
- Taylor, Ch. (1997), *La liberté des modernes*, Paris: PUF.
- Torre, J.C. (1989), *Los sindicatos en el gobierno (1973-1976)*, Buenos Aires, CEAL.
- (2003) "Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria", en *Desarrollo Económico*, vol. 42, enero-marzo, nro 168.
- Woods, M. (1998), "Redes Clientelares en el Conurbano Bonaerense: usos del espacio y formas de estructuración del poder local", la versión original de este trabajo fue presentada en las Terceras Jornadas Internacionales Estado y Sociedad: la reconstrucción de la esfera pública. Buenos Aires, CEA, UBA.
- Zibechi, R. (2003), *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*, Buenos Aires, Letra Libre.